

## El sueño de Artemis

–Este negro basalto es demasiado duro. Cuesta mucho trabajarlo desde dentro de este traje lunar, podían haberlos hecho más flexibles. ¡Y este maldito regolito que se adhiere a todo y no deja ver nada...!

–Sabik, tienes que dejarlo ya, estamos al anochecer lunar y no quiero que nos alcance la plena oscuridad. Tenemos que volver a la base –el otro lunauta apremiaba a su compañero, que estaba intentando instalar uno de los soportes de una depuradora selenita de agua–. Ainé, ya nos está haciendo señales desde el rover.

–No me pongas nervioso, Elio. Me está costando mucho llegar hasta el basalto con todo este polvo –contestó Sabik, mecánico especialista en cimentaciones lunares, que había sido designado, junto con sus otros dos compañeros, para preparar la estructura de la instalación de agua–. Dile a Ainé que esté tranquila, solo me quedan 3 anclajes.

Ainé, desde el módulo de transporte, escuchaba la conversación de sus compañeros mientras disfrutaba su canción favorita: “Across the Universe”, a toda pastilla.

El área donde trabajaban era la de mayor abundancia de hielo de agua en el borde Sur de la cuenca Aitken. La zona donde estaban, salía del cuarto menguante lunar para entrar en la noche de la próxima luna nueva. En su pequeño horizonte, ya podían ver como la sombra avanzaba lentamente llevando una total oscuridad hacia ellos.

–¡Diablos! Se partió la broca –se lamentó Sabik, encendido por las dificultades del operativo y la escasez del tiempo del que disponía.

–¡Bueno! Déjame que pruebe yo –se ofreció Elio que, hasta ese instante, estaba entretenido observando la lejana magnificencia de la Tierra, intentando identificar la cara que les mostraba.

–¿Y tú, qué? Perdiendo el tiempo –replicó Sabik, malhumorado, mientras se erguía para dejar que Elio continuara.

En el aéreo-lander, la piloto Ainé, mientras cantaba, fijó su mirada en el horizonte cercano: a lo lejos, algo sobre la superficie lunar le había parecido moverse. No habían recibido ningún aviso de impacto de meteorito. No obstante, bajó el volumen de la música y entonces percibió como una pequeña vibración.

«Quizás sea algún temblor interno» –se dijo.

Al momento, observó como una ondulación que provenía de la zona oscura, recorría el área cercana y se aproximaba rápidamente.

–¿Pero eso qué es? –gritó por la megafonía para que le oyeran sus compañeros.

–¿Qué? ¿Por dónde? –contestaron ellos.

La onda, que corría veloz por la superficie, alcanzó el lander. Unos bichos como ratas grandes, pero con aspecto de gusano, se abalanzaron sobre las patas del modulo intentando clavar alguno de sus estiletes bucales en la dura superficie metálica.

La ola de eso continuaba veloz hacia donde estaban los lunautas terminando su trabajo. Parecía una enorme manada de ratas furiosas cabalgando entre una densa polvareda. Entonces, Ainé miró hacia la base del lander y se horrorizó al no poder ver las patas: habían desaparecido de la vista por la multitud de bichos que lograron aferrarse a ellas. Uno de aquellos saltó hasta el cristal de visión exterior, intentó afianzarse a él abriendo bien la boca circular que tenía en el centro de su cabeza y, extrayendo sus estiletes, produjo un agudo impacto y un ruido metálico al resbalar por el cristal, como el de un diente al rasguñar un vidrio. Ainé lo vio bien mientras eso seguía intentando perforarlo.

–¡Son tardígrados enormes! No os preocupéis amigos, voy enseguida a salvaros, –dijo activando rápidamente el mecanismo de despegue, lo que produjo, con la elevada temperatura del escape de gases quemados, una gran combustión de los bichos adheridos al lander. Luego, se elevó para acudir en ayuda de sus compañeros.

Al despegar, tuvo una visión más amplia de lo que sucedía: toda esa oleada de tardígrados provenía de varios túneles próximos y corrían veloces hacia donde trabajaban sus colegas: los vio parados, iluminando con sus cascos aquella marabunta, agitando los brazos, defendiéndose como podían. Mientras llegaba, fueron derribados, desaparecidos bajo ese manto de polvo y bichos.

Cuando arribó a ese revoltijo de masas donde peleaban sus compañeros, salió disparado lo que quedaba de un casco espacial; luego, los restos del otro, volando.

–¡Oh, no! ¡Dios mío! ¡Qué espanto!

Aminoró motores y descendió sobre la nube informe que convulsionaba debajo de ella. Cuando tocaba casi el suelo, los activó al máximo y observó como todo lo que allí había ardía rápidamente dejando solo ceniza.

En el módulo 1.21 de la base lunar Selene, Ainé se incorporó repentinamente en la cama despertando a su compañero. Se pasó el dorso de la mano por la frente para alejar esa terrible pesadilla.

–¿Qué pasa, querida? –preguntó él, asustado.

–¡Esos malditos tardígrados que enviaron secretamente aquí hace mucho tiempo! Acabo de tener una pesadilla horrible –contestó ella, girándose para salir del lecho e ir al baño.

JMMI 1952